

EL CAMINO DE LA SALVACIÓN

PARTE SEGUNDA

LA VIDA CRISTIANA (*)

por

San Alfonso M.^a de Ligorio

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44 - 41003 Sevilla

(*) Con este título hemos reunido varios escritos del Santo Doctor.

CON LICENCIA ECLESIASTICA
ISBN: 84-7770-538-0
Depósito legal: M. 47.293-2000
Imprime: Impresos y Revistas, S. A.

I. REGLAMENTO DE VIDA PARA UN CRISTIANO.

CAPÍTULO I.

Medios para conservarse en gracia de Dios.

Todos han de estar bien persuadidos de que para salvarse no basta quererlo, sino que es menester emplear los medios señalados por Jesucristo.

De nada servirá, en el día del juicio, el que el pecador alegue en su defensa que las tentaciones fueron grandes y violentas, considerada sobre todo su extremada debilidad. Porque, por más asaltos que nos den nuestros enemigos, Dios ha puesto a nuestra disposición los medios de vencer con su gracia; y si no los empleamos y somos vencidos, nuestra es la culpa.

Todos quisieran salvarse. Mas para ello es menester que todos tomen los medios con que se logra la eterna salvación y ved ahí por qué tantos cristianos pecan y se condenan.

PRIMER MEDIO.

La huida de las ocasiones peligrosas.

Al que no trata con empeño de evitar las ocasiones de pecar, sobre todo en materia de placeres sensuales, le será de todo punto imposible no caer en pecado.

«En la guerra con los sentidos -decía San Felipe Neri- sólo triunfan los cobardes que se dan a la fuga.»

La ocasión peligrosa es como una venda puesta delante de los ojos y que no deja ver nada, ni Dios, ni infierno, ni buenos propósitos.

¿Por ventura -dice el Sabio- puede un hombre andar sobre ascuas sin quemarse la planta de los pies? (1) Pues, así como pretende un imposible el que quiere caminar sobre brasas encendidas sin quemarse, así es moralmente imposible ponerse en la ocasión peligrosa sin caer en ella, por más resoluciones que se hayan tomado y por más promesas que se hayan hecho a Dios.

Así lo acredita la experiencia de cada día en tantas almas, que, por no huir de las ocasiones peligrosas, caen miserablemente en pecado.

* * *

(1) Numquid potest homo ambulare super prunas, ut non comburantur plantæ ejus? (*Prov.*, VI, 27.)

Y aquí se ha de advertir que a los que han contraído el hábito de la impureza, no les bastará evitar las ocasiones próximas, sino que deben también evitar las remotas; de otra suerte, fácilmente tornarán a caer.

«Pero -les dirá el demonio- esta persona, objeto de tantas preocupaciones, es una santa.»

– Que nadie se deje coger en este lazo que le tiende el enemigo de su salvación. La piedad y santa vida sólo sirve con harta frecuencia, en tales circunstancias, para hacer más terrible y peligrosa la tentación. Cuanto más piadosa es una persona -dice el Angélico Doctor- tanto más atrae. Oigamos a un gran siervo de Dios, el P. Sertorio Caputo, S. J.: La tentación comenzará por el espíritu y acabará por la carne. El demonio hace amar primero la virtud, después a la persona; tras esto, ciega y acaba por hacerlo rodar todo por el precipicio.

* * *

Evitemos también las malas compañías. – Somos ya tan débiles, el demonio no cesa de tentarnos y nuestros sentidos nos inclinan e impulsan tan fuertemente al mal... ¿cómo lograremos librarnos de caer por poco que ayuden a ello las excitaciones de las malas compañías?

Huir de las ocasiones y compañías peligrosas: tal es, pues, la primera condición para salvarse.

Por más que nos cueste, a eso hay que llegar. El que no quiere hacerse violencia y romper a cara descubierta con el respeto humano, no se salvará. Para conseguirlo, no hemos de contar con nuestras fuerzas, sino con el auxilio omnipotente de Dios, sin olvidar sin embargo lo que el Señor quiere de nosotros, conviene a saber, que nosotros cooperemos en la medida de nuestras fuerzas, y esto cabalmente haciéndonos violencia, siempre que fuere necesario, para conquistar el Cielo. El *Reino de los Cielos* -dice Jesucristo- *se alcanza a viva fuerza, y únicamente los esforzados logran arrebatarlo.* (2)

SEGUNDO MEDIO.

La meditación.

Sin oración mental o meditación es harto difícil que el alma conserve largo tiempo el estado de gracia. *Acuérdate de tus postrimerías* -dice el Espíritu Santo- *y nunca jamás pecará* (3). Así, pues, no caerá en pecado el que con frecuencia medita los novísimos, es decir, la muerte, el juicio, la eterni-

(2) Regnum cælorum vim patitur, et violenti rapiunt illud. (*Mt.*, XI, 12.)

(3) Memorare novissima tua, et in æternum non peccabis. (*Ecclesiastic.*, VIII, 40.)

dad del infierno y de la Gloria. Pero hay que ser fiel en meditarlos; pues las verdades eternas no se ven con los ojos del cuerpo, sino con los del espíritu; y, además, si no se meditan con frecuencia, fácilmente se borran de nuestra mente, y cuando se presentan los placeres sensuales solicitando nuestro consentimiento, sin gran trabajo arrastran al precipicio a los que se han olvidado de las verdades eternas: que por ello tantas almas se arrojan en brazos del vicio y se condenan. Ningún cristiano ignora, porque se lo dice la fe, que ha de morir y ser juzgado; mas por no pensar en estas verdades, viven tantos alejados de Dios.

* * *

Sin oración mental no hay luz, y sin luz se camina entre tinieblas; y andando envuelto en tinieblas, no se ven los peligros que amenazan, ni se toman los medios para evitarlos, ni se pide al Señor su ayuda y favor, y de esta suerte acaba el alma por perderse.

Sin oración mental, no sólo falta la luz para caminar, sino también la fuerza para seguir la senda de la virtud. El que no medita, tampoco pide a Dios que le ayude en sus miserias; y por no pedirselo, su caída es segura.

Por eso decía el Cardenal Belarmino que es moralmente imposible perseverar en la gracia de Dios sin meditar las verdades eternas.

Y, por el contrario, quien hace cada día oración mental, difícilmente caerá en pecado mortal, y si, por desgracia, cayere alguna vez, si no abandona la meditación, presto se volverá a Dios. Ya lo decía un gran siervo de Dios: «Meditación y pecado mortal no pueden andar juntos.»

Toma, pues, la resolución de hacer todos los días, por la mañana o por la tarde, y mejor por la mañana, media hora de oración mental. El modo de hacerla lo hallarás en la Introducción de este libro (En la primera parte).

Puedes, por lo demás, servirte para ello de cualquier manual de meditaciones, que por cierto no escasean. (4) Léelo durante la media hora que consagras a este santo ejercicio cuidando de dirigirte de cuando en cuando a Dios con algún piadoso afecto o alguna petición, como se te indicó al explicarte el modo de tener oración. Lo esencial -vuelvo a decirlo- es que hagas oración a lo menos una vez al día, y que nunca la dejes, aunque en ella experimentes sequedad, fastidio, tedio y cansancio; si no la dejas, ciertamente te salvarás.

* * *

(4) Nunca se recomendará lo bastante a toda clase de personas, prelados, sacerdotes, religiosos, simples Fieles- que en sus rezos, meditaciones, y lecturas meditadas se sirvan de las obras de nuestro Celosísimo Doctor San Alfonso. - EL TRADUCTOR.

A la meditación has de añadir la *lectura espiritual*, a lo menos un cuarto de hora cada día. Incalculables son los provechos que trae al alma el leer sea la vida de los Santos, sea algún tratado acerca de las virtudes cristianas. ¡Cuántos no deben su conversión y santificación a la lectura de un libro de piedad! Tales fueron, entre otros muchos, San Juan Colombino y San Ignacio de Loyola.

También te será sumamente provechoso hacer cada año Ejercicios espirituales en una Casa religiosa. A lo menos, no dejes ningún día la meditación.

TERCER MEDIO.

La frecuencia de los Sacramentos de Penitencia y Eucaristía.

La confesión, además de purificar el alma perdonándole los pecados, le comunica nuevas fuerzas para resistir a las tentaciones.

Debes, pues, tener un director de conciencia, que no ha de ser otro que el confesor; aconséjate con él en todos los negocios importantes, aun los temporales; obedécele en todo, señaladamente en los escrúpulos en que te puedes ver. Quien obedece al confesor no puede extraviarse. *El que os escucha a*

vosotros, Me escucha a Mí (5). La voz del confesor es la voz de Dios.

* * *

La Sagrada Eucaristía es llamada *Pan celestial*, porque conserva la vida del alma, a la manera que el pan material conserva la vida del cuerpo. *Si no comiéreis la Carne del Hijo del Hombre..., no tendréis vida en vosotros.* (6) Y, por el contrario, al que comulga con frecuencia le está prometida la vida eterna. *Quien comiere de este Pan, vivirá eternamente.* (7) Que por esto el Concilio de Trento llama a la Santa Comunión «antídoto que libra de los pecados veniales y preserva de los mortales.» (8)

Toma, pues, muy a pechos comulgar a lo menos una vez a la semana, sin dejar nunca de hacerlo por ningún negocio o cuidado de mundo. No tienes negocio más importante que tu eterna salvación; y, fuera de esto, cuanto más engolfado estás en negocios y cuidados de mundo, mayor necesidad tienes de los divinos auxilios, porque a buen seguro te verás más tentado.

(5) Qui vos audit, Me audit. (*Lc.*, X, 16.)

(6) Nisi manducaveritis carnem Filii hominis..., non habebitis vitam in vobis. (*Jn.*, VI., 52.)

(7) Qui manducat hunc panem, vivet in æternum. (*Ibid.*, 59.)

(8) Antidotum, quo a culpis quotidianis liberemur, et a mortabilibus præservemur. (*Sess.* XIII, c. 2.)

Yo sostengo que muy bien se puede permitir llegarse cada semana a la Sagrada Mesa a una persona que desea conservarse en gracia de Dios, por más que su corazón no esté del todo libre del afecto al pecado venial. Habiendo leído esto en mis obras, cierto sacerdote ha lanzado contra mí tres volúmenes enteros: yo le he refutado en un opúsculo que publiqué con el título *DE LA COMUNIÓN FRECUENTE*.

En el capítulo siguiente podrá ver el lector los actos para antes y después de la Confesión, como también los actos para la preparación y la acción de gracias. Rézalos como es debido y tendrás la dicha de confesarte y de comulgar bien.

CUARTO MEDIO.

Oír cada día la Santa Misa.

Asistir al Santo Sacrificio de la Misa es honrar más a la Majestad Divina que la honran todos los Angeles y Santos de la Gloria; porque los Angeles y Santos sólo ofrecen a Dios homenajes de simples criaturas, al paso que, en la Santa Misa, ofrecemos a Dios al mismo Jesucristo, que es un homenaje de infinito valor. Por lo que hace al modo de oír con fruto la Misa, lo encontrarás en el capítulo siguiente.

QUINTO MEDIO.

Visitar diariamente al Santísimo Sacramento en la iglesia y a la Santísima Virgen delante de una de sus imágenes.

¿Por qué ha querido Jesucristo fijar su morada en los Tabernáculos de tantas iglesias, sino para prodigar las más señaladas gracias y mercedes a los que lo visitan en su Sacramento de Amor? Y por eso ¿quién dirá los soberanos celestiales favores que reciben al pie del Sagrario las almas fieles en visitar cada día al Divino Huésped del Tabernáculo?

En el capítulo siguiente hallarás las oraciones para la Visita así a Jesús Sacramentado como a Nuestra Señora. Las dos principales gracias que has de pedir a Jesús y María son el amor a Dios y la santa perseverancia hasta la muerte.

SEXTO MEDIO.

La oración.

Este es el medio que principalísimamente te recomiendo y, en verdad, es indudable que no podemos hacer bien alguno respecto a nuestra alma sin la ayuda de Dios. Dios empero nos asegura que no concede

sus gracias si no se le piden. *Pedid* -dice por San Mateo- y *se os dará*. (9) De donde concluye Santa Teresa que quien no las pide, no las alcanza; y por eso enseñan todos los Santos Padres y todos los teólogos con Santo Tomás que sin oración es imposible perseverar en la gracia de Dios y salvarse.

Mas el que reza tiene asegurado el auxilio de Dios, tan asegurado como la promesa tantas veces repetida por el Señor en el Sagrado Evangelio: *Todo cuanto pidiéreis en la oración, tened viva fe de conseguirlo, y sin falta se os otorgará*. (10) - *El que pide, recibe*. (11) - *De verdad, de verdad os digo: cuanto pidiereis al Padre en Mi Nombre, os lo concederá*. (12)

Así, pues, Dios no niega nada de cuanto se le pide en nombre de Jesucristo. ¿Qué debemos hacer, por consiguiente, para salvarnos? Rezar, rezar con humildad y confianza, rezar sobre todo con perseverancia.

Por eso cabalmente importa tanto dedicarse a la oración mental, o meditación, porque ella nos mueve a rezar: sin oración mental no se piensa en rezar, y el que no reza se pierde. ¡Ah! -exclamaba Santa

(9) *Petite, et dabitur vobis. (Mt., VII, 7.)*

(10) *Omnia quaecumque orantes petitis, credite quia accipietis, et evenient vobis. (Mc., XI, 24.)*

(11) *Qui petit, accipit. (Lc., XI, 10.)*

(12) *Amen, amen dico vobis: si quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vobis. (Joan., XVI, 23.)*

Teresa deseosa de salvar a todo el linaje humano-
Y ¡quién me diera poder subir a la cima de un monte altísimo, desde donde me pudiesen oír todos los hombres, para gritarles desde allí a la continua: ¡Hombres! ¡Hombres! ¡Orad, orad, orad!

Los antiguos Padres del yermo -como se ve en sus conferencias- no conocían medio mejor de poner en cobro su salvación que repetir sin cesar esta plegaria del Salmista: *Atended, ¡oh, Dios!, a mi auxilio; Señor, socorredme presto.*(13) Sigamos nosotros su ejemplo; o bien, adoptemos la hermosa jaculatoria de San Leonardo de Puerto-Mauricio: «¡Jesús mío, misericordia!»

Dos gracias sobre todo -como ya lo dijimos- hemos de pedir continuamente, conviene a saber: las gracias más señaladas del amor de Dios y de la santa perseverancia; y debemos pedir las siempre poniendo por intercesora a la Santísima Virgen, que, siendo como es soberana Dispensadora de los tesoros de Dios, no puede menos de alcanzar cuanto pide en favor nuestro. «Busquemos todos la gracia -dice San Bernardo- pero busquémosla por medio de María; pues lo que busca, lo encuentra, y sus ruegos nunca son desatendidos.» (14)

(13) Deus, in adiutorium meum intende; Domine, ad adjuvandum me festina. (*Ps. LXIX, 2.*)

(14) Quæramus gratiam, et per Mariam quæramus; quia quod quærit, invenit, et frustrari non potest, (*Serm. de Aquaed.*)

CAPÍTULO II.

Oraciones y ejercicios de piedad para santificar el día.

I.

POR LA MAÑANA AL LEVANTARSE Y ENTRE DÍA.

Luego de haberte levantado, haz la señal de la Cruz, y di

I. Dios mío, yo os adoro y os doy gracias por todos los beneficios que me habéis hecho, y especialmente por haberme librado esta noche de una muerte repentina.

II. Os amo con todo mi corazón, y os ofrezco todos mis pensamientos, palabras y obras y todo cuanto sufra en este día, junto con las acciones y padecimientos de Jesús y de María; y hago intención de ganar todas las indulgencias que pueda.

III. Propongo firmemente no cometer ningún pecado, y os suplico por amor de Jesús que me concedáis la gracia de perseverar en mis buenos propósitos hasta la muerte. Protesto que quiero conformarme con vuestra adorable voluntad, sobre todo en las contrariedades diciendo: *Señor, hágase vuestra voluntad.*

Jesús mío, cubridme en este día con vuestra protección. Santísima Virgen María, acogedme bajo

vuestro manto. Angel de mi guarda, Santos mis Abogados, asistidme.

Padrenuestro... Credo... y tres Avemarías, en honor de la pureza inmaculada de la Santísima Virgen.

Al entregarte a tus quehaceres y negocios, di:

Señor, os ofrezco este trabajo.

Al sentarte a la mesa, dirás:

Echad, Señor, vuestra santa bendición sobre nosotros y sobre estos alimentos que vamos a tomar, para que, al tomarlos, no cometamos ninguna falta, y que sea todo para vuestra gloria.

Al levantarte de la mesa darás gracias a Dios diciendo:

Gracias os damos, Señor, por el don que de vuestra largueza hemos recibido nosotros, que hemos sido vuestros enemigos.

Al oír las horas del reloj, dirás:

Os amo, Jesús mío; no permitáis que vuelva a ofenderos.

En el momento de la tentación no ceses de repetir:

¡Jesús y María! ¡Jesús y María!

Después de una falta, o cierta, o sólo dudosa:

Pésame, Señor, de todo corazón y propongo firmemente no volver a cometerla.

Después de un pecado mortal, confiésate cuanto antes.

II.

Modo de hacer oración mental.

(Véase la *Introducción* del tomo I).

III.

CONFESIÓN Y COMUNIÓN.

a) *Confesión.*

1) ANTES DE LA CONFESIÓN.

¡Oh, Dios de infinita majestad! Ved a vuestros pies al traidor que ha vuelto a ofenderos tantas veces, pero que humillado ahora, os pide perdón. Señor, no me desechéis, pues Vos no despreciáis un corazón que se humilla. *El corazón contrito y humillado* -os decía David- *no lo despreciarás.* (15) Gracias os doy por haberme esperado hasta ahora y no haberme hecho morir en pecado y condenado al infierno, como tenía merecido. Confío, ¡oh, Señor!, que, pues me habéis esperado, me perdonaréis en esta confesión, por los méritos de Jesucristo, todas mis culpas, de las que me arrepiento y me pesa por haber con ellas merecido el infierno y perdido la Gloria; pero, más que por el infierno merecido, me arrepiento con toda mi alma por haberos ofendido a Vos, Bondad infinita. Os amo, ¡oh, sumo Bien!, y,

(15) Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicias. (Ps. L, 19.)

porque os amo, me pesa de todas las injurias, que os he hecho: me he alejado de Vos, os he perdido el respeto, he menospreciado vuestra gracia y amistad, en una palabra, me he hecho voluntariamente vuestro enemigo. ¡Ah! Por el amor de Jesucristo perdonadme todos mis pecados; que yo con todo mi corazón los aborrezco, los odio, los detesto sobre todo otro mal, y me arrepiento, no sólo de los pecados mortales, sino aun de los veniales, porque éstos también os han disgustado. Con el auxilio de vuestra gracia, propongo no volver a ofenderos de hoy en adelante. ¡Sí, Dios mío! Antes morir que volver a pecar.

2) DESPUÉS DE LA CONFESIÓN.

¡Amado Jesús mío! ¡Cuán obligado os estoy! Por los méritos de vuestra Sangre espero haber quedado ya perdonado. Os lo agradezco con toda mi alma, y espero poder llegar un día a vuestro reino para alabar eternamente vuestras misericordias. Dios mío, si hasta ahora os he perdido tantas veces, ya no os quiero perder más, y propongo sinceramente mudar de vida. Vos merecéis todo mi amor; yo os quiero amar de veras y no volver a verme apartado de Vos. Os he prometido, y os vuelvo a prometer, que preferiré siempre morir a ofenderos de nuevo. Prometo también apartarme de las ocasiones y tomar, para

no volver a caer, tal medio... (determina cuál). Mas, ¡oh, Jesús mío! Vos que conocéis mi flaqueza, dadme fuerzas para que os sea fiel hasta la muerte, e implore vuestro socorro en mis tentaciones.

Santísima Virgen María, ayudadme: Vos sois la Madre de la perseverancia; en Vos pongo mis esperanzas después de vuestro Divino Hijo.

b) *S. Comunión.*

3. ANTES DE LA COMUNIÓN.

No hay medio tan eficaz para librarse de los vicios y para adelantar en la práctica del divino amor como la Sagrada Comunión. Mas ¿por qué tantas almas, después de muchas comuniones, se hallan con las mismas faltas? Esto sucede por la poca disposición y casi ninguna preparación que llevan a la Sagrada Mesa.

Dos cosas son necesarias para esta preparación la primera es quitar del corazón los afectos desordenados, que son obstáculos al amor divino, la segunda, tener gran deseo de amar a Dios; y ésta dice San Francisco de Sales -debe ser la principal intención de los que comulgan; es decir, la de crecer en el amor de Dios. «Sólo por amor, -dice el Santo Doctor- se ha de recibir a un Dios que sólo por amor se ha dado a nosotros.»

Acto de fe.

¡Mi adorado Jesús, Hijo verdadero de Dios, que moristeis por mí en la Cruz, sumergido en un océano de dolores y oprobios! Yo creo firmemente que estáis en el Santísimo Sacramento, y estoy dispuesto a dar mi vida por este artículo de la fe.

Acto de confianza.

¡Oh, amado Redentor! Yo espero de vuestra bondad, por los méritos de vuestra preciosa sangre, que, hospedándoos en mi pecho el día de hoy, me inflamaréis en vuestro santo amor y me concederéis todas las gracias que necesito para obedeceros y seros fiel hasta la muerte.

¡Ah, Dios mío, verdadero y único Amante de mi alma! ¿Qué más habrías podido hacer para obligarme a amaros? No os bastó, ¡oh, Amor mío!, el dar por mí vuestra vida divina, sino que quisisteis instituir además el Santísimo Sacramento, para ser así verdadera comida y para daros todo a mí y uniros completamente a una criatura tan indigna e ingrata como yo. Y ¿sois Vos mismo quien me invitáis a recibirlos? ¿Vos mismo deseáis que yo os reciba? ¡Oh, amor inmenso! ¡Un Dios, todo un Dios, darse enteramente a mí!

Acto de amor.

¡Oh, Dios mío! ¡Oh bondad infinita, digna de infinito amor! Yo os amo sobre todas las cosas, con todo mi corazón, más que a mí mismo, más que a mi vida: os amo porque merecéis ser amado; os amo también para agradaros, pues que Vos mismo tanto deseáis mi amor. Salid de mi alma, afectos terrenales. A Vos solo, Jesús mío, mi tesoro y mi todo, a Vos solo debo todo mi amor. Vos os dais hoy enteramente a mí, y yo me doy a Vos enteramente. ¡Ojalá que mi amor os sea grato, puesto que yo no quiero sino sólo a Vos y lo que a Vos agrada! ¡Sí, os amo, Salvador mío! Os amo y uno mi pobre amor al amor que os tienen todos los Angeles, todos los Santos, María, vuestra augusta Madre, y vuestro Eterno Padre. ¡Oh! ¡Si yo pudiera veros amado así por todo el mundo! ¡Si yo pudiera haceros amar de todos los hombres tanto como merecéis ser amado!

Acto de humildad.

Pero ya ¡Jesús mío! es llegado el momento en que voy a recibir vuestro Sagrado Cuerpo. ¡Ah, Dios mío! ¿Quién sois Vos y quién soy yo? Vos sois un Señor cuya bondad es infinita, y yo soy un gusano impuro, cargado de pecados, y que tantas veces os he arrojado de mi alma con el pecado.

Señor: ni siquiera soy digno de estar en vuestra presencia; yo he merecido hallarme en el infierno, alejado y abandonado para siempre de Vos. Pero Vos sois tan bueno que me invitáis a recibirlos: vedme aquí, pues; a Vos acudo, a Vos me llego humillado y confuso a causa del sinnúmero de ofensas con que os he contristado; pero vengo, no obstante, lleno de confianza en vuestra bondad y vuestro amor.

Acto de dolor.

¡Oh, adorable Redentor mío! ¡Cuánto me pesa de haberos ultrajado! Aunque llegasteis en vuestro amor hasta dar la vida por mí, yo he despreciado mil veces vuestra gracia y vuestro amor, y os he pospuesto a viles criaturas. ¡Oh, Dios mío! Con todo mi corazón me arrepiento de esta mi infidelidad para con Vos, más que de ningún otro mal. Detesto los pecados que he cometido, graves y leves, pues me basta saber, para dolerme de ellos, que os han ofendido. Confío, ¡oh, infinita bondad!, que me habréis perdonado ya; pero si todavía no me hubieseis otorgado el perdón, ¡oh, Jesús mío!, concedédmelo antes de que me llegue a Vos. ¡Ah! No tardéis en recibirme en vuestra gracia, ya que de aquí a pocos instantes queréis venir a habitar en mí.

Acto de deseo.

¡Venid, pues, Jesús mío! Venid a mi alma, que suspira por Vos. ¡Oh mi único bien, mi vida, mi amor, mi todo! Yo quisiera recibirlos hoy con el mismo amor con que os reciben las almas más abrasadas en vuestro amor, con el mismo fervor con que os recibió vuestra Santísima Madre: a sus comuniones uno la que voy a hacer ahora yo.

¡Oh Bienaventurada Virgen María, Madre mía! ¡Sed Vos misma quien me dé a vuestro Divino Hijo! De vuestras manos quiero recibirlo. Decidle que soy siervo vuestro, para que, en llegando a mí, me estreche más amorosamente sobre su corazón.

4. DESPUÉS DE LA COMUNIÓN.

Los momentos que siguen a la Santa Comunión son preciosos, pues en ellos se pueden adquirir tesoros de gracias; porque, estando entonces unida nuestra alma a Jesucristo, tienen nuestros actos y nuestras oraciones más mérito y valor que en ningún otro tiempo. Asegura Santa Teresa que entonces el Señor reside en nuestra alma como en un trono de misericordia, y que nos está diciendo: «Hijo mío, pídemme cuanto quieras, que sólo para hacerte bien he venido a ti.» ¡Oh! ¡Cuán extraordinarios favores reciben los que después de la santa Comu-

nión conversan con Jesucristo! El Santo Juan de Ávila, después de comulgar, no dejaba nunca de pasar dos horas en oración, y San Luis Gonzaga empleaba tres días dando gracias a Jesucristo.

Haced vosotros los siguientes actos, y cuidado durante el resto del día de estar unidos con afectos y plegarias al mismo Jesús, a quien por la mañana habéis recibido.

Acto de recibimiento.

Ya habéis venido a mí, ¡oh, Jesús mío! ¡He aquí que Vos estáis en mí, y que sois todo mío! Bien venido seáis, ¡oh, adorado Redentor mío! Yo os adoro y me postro a vuestros pies: os abrazo y estrecho sobre mi corazón, y os doy gracias por haberos dignado venir a mí. ¡Oh, María! ¡Oh, Santos Patronos míos! ¡Oh, Ángel de mi Guarda! Dadle, dadle gracias por mí.

Acto de ofrecimiento.

¡Oh, mi Divino Rey! Ya que Vos con tanto amor habéis venido a visitarme, yo os doy mi voluntad, mi libertad y todo cuanto soy. Ya que Vos os habéis dado todo a mí, yo me doy todo a Vos; ya no quiero más pertenecerme a mí mismo, sino que quiero en adelante ser vuestro sin reservas; quiero que sea vuestro

todo cuanto hay en mí: mi alma, mi cuerpo, mis potencias, mis sentidos, a fin de que todo se emplee en serviros y agradaros; os consagro, pues, todos mis pensamientos, todos mis deseos, todos mis afectos, toda mi vida. Son tantas, ¡oh, Jesús mío!, las ofensas que os he hecho, que estoy resuelto a emplearme, durante todo el tiempo que me queda de vida, en amaros a Vos, que tanto me habéis amado.

Aceptad, ¡oh, Dios de mi alma!, el sacrificio de este pobre pecador, que no desea más que amaros y agradaros. Obrad en mí y disponed de mí y de todo cuanto poseo según os plazca. Destruya vuestro amor en mí todos los afectos que no os agraden, a fin de que, siendo yo vuestro enteramente, no viva más que para complaceros en todo y por todo.

Acto de petición.

No os pido, Señor, bienes, honores, ni placeres terrenales; dadme, Jesús mío, por los méritos de vuestra Pasión, un continuo dolor de mis pecados. Iluminadme para que conozca cuán vanos y despreciables son los goces mundanos y cuánto merecéis Vos ser amado. Desnudadme de toda afición terrenal, y abrasadme por completo en vuestro santo amor, para que en adelante no desee ni quiera más que lo que Vos queréis. Concededme paciencia y resignación en las enfermedades, en la pobreza y en

todo cuanto sea contrario a mi amor propio. Concedme dulzura para con aquellos que me desprecien. Dadme una santa muerte y no me neguéis vuestro amor. Sobre todo, os ruego que me concedáis la perseverancia en vuestra divina gracia hasta la muerte; no permitáis que me separe más de Vos. *¡Oh, dulcísimo Jesús! No permitas que me aparte de Ti* (16). También os pido esta gracia: que en las tentaciones no deje nunca de recurrir a Vos y de invocar vuestro auxilio y que os pida siempre la santa perseverancia.

¡Oh, Eterno Padre! Jesucristo, vuestro Divino Hijo, me ha prometido que me concederéis todo cuanto os pida en su Nombre. *Todo lo que pidiéreis al Padre en Mi Nombre* -dice en el Evangelio- *os lo concederá* (17). En nombre, pues, y por los méritos de Jesucristo, vuestro adorado Hijo, os pido vuestro amor y la santa perseverancia para alcanzar el Cielo, en donde pueda amaros con todas mis fuerzas y cantar eternamente vuestras misericordias, sin temor de verme separado de Vos.

¡Oh, Santísima Virgen María, mi esperanza! Alcanzadme con vuestra intercesión estas gracias, que tan ardientemente deseo: obtenedme también la gracia de amaros a Vos misma con toda mi alma,

(16) Jesu dulcissime, ne permittas me separari a Te.

(17) Si quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vo bis. (*Jn.*, XVI, 23.)

Reina mía, y de encomendarme a Vos en todas mis necesidades.

Oración
que se ha de rezar ante un Crucifijo.

¡Oh, dulcísimo y amabilísimo Jesús! Postrado humildemente ante vuestra santísima presencia, os ruego con el más encendido afecto de mi corazón que imprimáis en él los más vivos afectos de fe, esperanza y caridad, dolor de mis pecados y propósito firmísimo de jamás ofenderos, mientras que, con el mayor afecto y compasión de que soy capaz, considero vuestras cinco llagas, comenzando por lo que de Vos, ¡oh, buen Jesús!, dijo el profeta David: *Taladraron mis pies y mis manos y se pueden contar todos mis huesos.* (Indulg. plen.)

IV.
LA SANTA MISA.
Método para oírla devotamente
y con fruto.

En el Augustísimo Sacrificio de la Misa Nuestro Señor Jesucristo se ofrece por nosotros al Eterno Padre, como se ofreció en el Calvario, con la única diferencia de que entonces derramó real-

mente su Sangre, y en el Altar lo hace místicamente. Fuera de esto, en la Misa recibimos una aplicación particular de los méritos de la Sagrada Pasión.

Para asistir debidamente y con gran provecho a este adorable Sacrificio, debemos atender a los fines por los que fue instituido, que son los cuatro siguientes: 1°. Honrar a Dios; 2°. darle gracias por sus beneficios; 3°. satisfacer por nuestros pecados; y 4°. obtener nuevos auxilios del Señor.

No perdiendo de vista estos santísimos fines, merecerás ciertamente la abundancia de las celestiales bendiciones. Dirás, pues:

Al empezar la Misa:

¡Oh, Eterno Padre! Yo os ofrezco en sacrificio a vuestro Divino Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, con todos los méritos de su Pasión:

1°. Para honrar vuestra soberana Majestad.

2°. En acción de gracias por todos vuestros beneficios, así los que hasta aquí me ha prodigado vuestra infinita largueza, como los que me ha de prodigar, según lo espero, durante mi vida y por toda la eternidad.

3°. En satisfacción por mis pecados y por los de todos mis prójimos, vivos y difuntos.

4°. Para conseguir mi eterna salvación junto con la gracias necesarias para alcanzarla.

A la elevación de la Hostia:

Dios mío, por el amor de este vuestro Hijo amadísimo, perdonadme mis pecados y concededme la santa perseverancia.

A la elevación del Cáliz:

Por esta Sangre de Jesucristo, concededme vuestro amor y una buena muerte.

A la Comunión del Sacerdote haz la Comunión espiritual, diciendo:

Jesús mío, os amo y suspiro por Vos: únome estrechamente con Vos y así unido quiero permanecer siempre.

OTRO MÉTODO PARA OÍRLA DEVOTAMENTE Y CON FRUTO (18).

Antes de comenzar la Misa.

Dios mío, vedme aquí postrado ante vuestro altar para ofreceros, con el Sacerdote, el Sacrificio del Cuerpo y Sangre de mi Divino Redentor vuestro amado Hijo, Jesucristo. Con este ofrecimiento deseo honraros, agradeceros debidamente vuestras

(18) Este método de asistir a Misa no se halla en la colección de las obras completas del Santo Doctor; pero está sacado de un librito muy conocido y extendido en Italia con el título de *Máximas eternas de San Alfonso María de Ligorio*. - Er. TRADUCTOR.

dádivas y alcanzar para mí y para todos los Fieles cristianos, nuevos favores de vuestra misericordia, la remisión de los pecados, la satisfacción de las penas merecidas por ellos y la abundancia de vuestras gracias; iluminad, Señor, mi entendimiento y purificad mi corazón para que pueda asistir digna, atenta y devotamente a este grande y adorable Sacrificio. Bendecidme, Dios Omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Amén.

Cuando el Sacerdote principia la Misa.

Considera, alma mía, a tu Jesús en el Huerto de Getsemaní, donde da principio a su amarga Pasión. Mírale cómo se retira a un lugar solitario, y postrado e inclinado su rostro hasta la tierra, pide a su Divino Padre le asista en aquel penoso momento. Al considerar entonces distintamente todos los tormentos de su cercana muerte, se contrista, desfallece y suda sangre.

¡Oh, Jesús mío! Mis pecados son la causa de vuestras penas. ¡Ah! ¡Cuán grave mal he hecho pecando contra Vos, oh, mi Señor y mi Dios! Conozco la malicia de mis culpas y las confieso delante de Vos y de toda la Corte celestial. Perdonadme, absolvedme y salvadme. Hable en mi favor, ¡oh, Eterno Padre!, la Sangre de vuestro Divino Hijo tan afligido.

Cuando el Sacerdote sube el altar.

Alma mía, Jesús ha sido vendido y entregado; mírale ya preso en medio de los soldados y atado bárbaramente. El sufre y calla. Mira cómo lo llevan a Jerusalén, acompañándole con desacatos y baldones. Considera cuán a su costa ha satisfecho por tu soberbia y tus culpas y te ha alcanzado la gracia de poder ser humilde y devota.

Mientras el Sacerdote lee la Epístola y el Evangelio.

Jesús es conducido por las calles de Jerusalén: síguele, alma mía; pero no esperes verle ahora vitoreado y aclamado por Rey, como otras veces, sino despreciado como malhechor, y recibido con escarnios e insultos. ¡Qué inconstante es el proceder de los hombres! ¡Con qué facilidad pasan de la alegría al furor, de las alabanzas a las injurias, de los obsequios a los ultrajes! Y después de esto, alma mía, ¿pondrás todavía tu confianza en los hombres? Aprende a no hacer caso de sus juicios y sigue acompañando a Jesús, atado con cordeles, arrastrado y presentado a aquellos inicuos tribunales, en donde se ve acusado falsamente, escarnecido y vilipendiado.

¡Qué admirables lecciones de silencio en las injurias, de perdón, de paciencia y de mortificación te

da Él en estos pasos! Y tú, ¿cuándo comenzarás a practicarlas? ¿Cuándo te resolverás a mortificar tu carne insolente con voluntarias penitencias, o, al menos, con virtuosa resignación en las adversidades de la vida? ¡Qué! ¿Siempre pecados y nunca penitencia? ¿Siempre ofensas a tu Dios y nunca satisfacción?

Padre Eterno, vedme aquí ya dispuesto a aceptar cualquier castigo y sufrir cualquier tormento en compensación de mis culpas y pecados. No me desamparéis, Dios mío, no os alejéis de mí.

Desde que se descubre el cáliz hasta el Sanctus.

Considera ahora a Jesús atado a la columna, azotado bárbaramente y coronado de espinas. ¿Quién podrá mirarle sin llorar de ternura y de compasión? Angeles del Cielo, venid y ved al Rey de la Gloria cómo está atado, cubierto de llagas, la cabeza taladrada de espinas; y si no os es permitido librarle de tantas penas, venid al menos a llorar conmigo y compadeceros de Él.

Eterno Padre, recibid esta Hostia inmaculada en agradecimiento de las infinitas misericordias que me habéis dispensado y en expiación de tantas culpas como he cometido contra Vos. Señor, tened piedad de mí, remediad mis miserias y concededme espe-

cialmente la perseverancia final. No merezco, es verdad, que me escuchéis, después que yo mismo, con tantos perversos consentimientos, como con otras tantas agudas espinas, he traspasado la adorable cabeza de mi Jesús; mas os presento sus méritos y sus llagas, que claman en mi favor pidiendo perdón y clemencia.

Desde el Sanctus hasta la Elevación.

Alma mía, muévete a compasión de tu Señor. ¿No ves con qué tierno afecto abraza la Cruz, que por tanto tiempo ha deseado? ¡Cuán pesada se la has hecho con tus pecados! Contempla su amor, para agradecerse. Aprende de Él a abrazar la Cruz con gusto; no te espante su peso, no te amedrenten los errados juicios de los hombres, no te detengan la confusión y la humillación. Si sufres con Jesús, también reinarás con Él. Sigue entretanto a tu Divino Maestro, conducido al Calvario.

¡Qué lastimoso espectáculo! Jesús llevado a la muerte como un corderillo al matadero. Mírale cubierto de heridas, con aquella corona de espinas sobre la cabeza, con aquel pesado madero sobre sus hombros. Mírale cómo anda con el cuerpo inclinado y trémulo, derramando sangre por todas partes, y con tanta pena, que a cada paso parece que va a exhalar el espíritu.

¡Oh, Jesús mío! ¡Oh, mi adorado Dueño! Ahora conozco más claramente el mal que he hecho pecando: detesto mis culpas y las lloro amargamente. ¡Oh! ¡Si no os hubiera nunca disgustado! ¡Cuántos desprecios, cuántos ultrajes, cuántos dolores habéis sufrido por mí ! Me avergüenzo de haber estimado tanto los honores y placeres, que por ellos he llegado a renunciar tantas veces vuestra amistad; me arrepiento, Señor, y resuelvo para en adelante imitar todos vuestros ejemplos y no volver más a perderos, ¡oh, mi Bien infinito!

Desde la Elevación hasta el Pater noster.

He aquí levantado en alto al Salvador del mundo. Alma mía, mira a tu Señor clavado en aquel madero y sumido en un mar de crueles tormentos. Considera aquí sus penas: si quiere descansar sobre las manos o sobre los pies, se le aumenta el martirio; si vuelve su atormentada cabeza a un lado o a otro, es siempre con nuevo dolor; si la deja caer sobre el pecho, con el peso se le rasgan más las aberturas de las manos; si la apoya en la Cruz, se le hincan más fuertemente las espinas.

¡Oh, mi Jesús! ¡Qué agonía tan dolorosa es esta que sufrís por mí!

¡Oh, Jesús mío crucificado! Os adoro sobre ese trono de ignominias y de penas, y humillado y en-

ternecido me acerco a besar vuestros santísimos pies traspasados por mi amor. Abrazo esa Cruz, en la que Vos, hecho víctima de caridad, habéis querido sacrificaros por mí a la Divina justicia. Habéis sido obediente hasta la muerte y muerte de Cruz. ¡Oh, dichosa obediencia, que nos ha alcanzado el perdón de los pecados! ¿Y qué hubiera sido de mí si Vos no hubieseis dado por mí vuestra vida? Gracias os doy, Amor mío; por los méritos de esta sublime obediencia, os ruego me concedáis la gracia de obedecer en todo a los que están en vuestro lugar, como mis superiores, y de perdonar de corazón a los que me hayan ofendido. No: no quiero disgustaros más; quiero amaros de veras y amaros siempre.

Desde el Pater noster hasta la Comunión.

He aquí que ya muere Jesús. Mírale, alma mía, agonizando: mira sus ojos moribundos, la cara amarillada, el corazón que late con languidez, el cuerpo que se abandona a la muerte, mientras el alma santísima está próxima a separarse de él. El cielo se oscurece, tiembla la tierra, se abren los sepulcros, señales ciertas de que muere ya el Hacedor del Universo. ¡Ea! Acércate, alma mía, al santo madero en el que muere Jesús por tu amor; acércate, y mira su figura que convida a amarle: la cabeza inclinada como para darte el beso de paz, los brazos extendi-

dos para abrazarte, el costado abierto para recibirte en su Corazón.

¡Oh, Salvador del mundo! ¡Oh, amabilísimo Jesús mío! Yo me entrego todo en vuestras manos y me ofrezco a Vos; recibidme y tened piedad de mí: curad las llagas de mi alma; inflamadme en vuestro amor, para que, en todos los momentos que me quedan de vida, viva únicamente para Vos y para servirlos y agradaros como Vos lo merecéis.

En el acto de la Comunión.

¡Oh, mi Jesús y mi Dios, único y sumo Bien de mi alma! ¡Oh! ¡Si pudiera yo también alcanzar la suerte de tantas almas dichosas que, llenas de pureza y de fe, se acercan a Vos devotamente para alimentarse de vuestra carne sacratísima! ¡Qué consuelo sería para mí si pudiera ahora recibirlos en este Sacramento con el fervor de los Santos! No soy digno, Señor; no, no soy digno de que entréis en mi corazón; mas decid una sola palabra, y será sana mi alma. En Vos confío, por Vos suspiro, a Vos amo, ¡oh, Jesús!, Salud, Esperanza, Amor y Pan de vida eterna.

Después de la Comunión.

Con vuestro Cuerpo santificadme, con vuestra Sangre preciosísima fortalecedme, por los méritos

de vuestra Pasión salvadme. ¡Oh, Jesús! ¿Qué os daré yo por tantos bienes como me habéis dispensado? Os amaré, ¡oh, Jesús!, mi delicia y mi felicidad. Os adoro, os bendigo, os alabo, y todo me ofrezco a Vos, y a Vos sacrifico todas mis pasiones, principalmente la que más me domina; destruídla, Dios mío, con vuestra caridad. Hacedme partícipe de vuestros méritos; comunicadme, Señor, vuestras virtudes; quitadme el deseo de las cosas del mundo; avivad en mí la fe y la esperanza de los bienes eternos; inflamadme más y más en vuestro amor, para que por él sea yo exacto en el cumplimiento de vuestros preceptos y de mis obligaciones, y nunca vuelva a caer en la ignominia del pecado. Viva yo unido constantemente a Vos y sumiso a vuestra santísima voluntad ¡oh, Jesús mío dulcísimo!, y a este fin hacedme digno de vuestra bendición en el momento en que vuestro ministro sobre la tierra me la concede. 9

Después de la bendición.

Recibid, ¡oh, Eterno Padre!, este Sacrificio, en señal de mi humilde sumisión a vuestra adorable Majestad; en agradecimiento a vuestras infinitas misericordias, en satisfacción de mis pecados. Sirva también este divino sacrificio para todos los Fieles y para las benditas almas del Purgatorio.

Aumentad en mí vuestras gracias en proporción a mis deplorables miserias, y no me abandonéis. Protesto delante del Cielo y de la Tierra que estoy dispuesto a dar mi vida antes que ofenderos. Pero asistidme para que no me desvíe del camino que me conduce a Vos, Dios mío, que debéis ser mi eterna felicidad en la Gloria. Amén.

V.

VISITA DIARIA
AL
**SANTÍSIMO SACRAMENTO,
A LA SANTÍSIMA VIRGEN Y A
SAN JOSÉ.**

1) A JESUCRISTO SACRAMENTADO.

Señor mío Jesucristo, que por el amor que tenéis a los hombres estáis, de noche y de día, en este Sacramento, lleno de piedad y de amor, esperando, llamando y acogiendo a cuantos vienen a visitaros, creo que estáis presente en el Sacramento del Altar; os adoro desde el abismo de mi nada y os doy gracias por todas las mercedes que me habéis hecho, especialmente por haberme dado en este Sacramento vuestro cuerpo, vuestra sangre, vuestra alma y vuestra divinidad; por haberme concedido por Abogada

y Madre a vuestra Madre Santísima, la Virgen María, y haberme llamado ahora a visitaros en este lugar santo.

Adoro vuestro amantísimo Corazón, y deseo adorarle con tres fines: el primero, en agradecimiento por tan rica dádiva; el segundo, para desagraviaros de las injurias que recibís de vuestros enemigos en este Sacramento; y el tercero, porque es mi ánimo adoraros con esta visita en todos los lugares de la tierra en que estáis sacramentado con menos culto y más olvido.

¡Jesús mío! Os amo con todo el corazón; pésame de haber ofendido tanto a vuestra infinita bondad en lo pasado y propongo enmendarme, ayudado de vuestra gracia. Y ahora, miserable como soy, me consagro a Vos por completo y entrego y pongo en vuestras divinas manos mi voluntad, afectos, deseos y cuanto soy y puedo. De hoy en adelante haced de mí lo que os agrade: lo que yo quiero y os pido es vuestro santo amor, el cumplimiento de vuestra adorable voluntad y la perseverancia final.

Os encomiendo las almas del Purgatorio, especialmente las más devotas del Santísimo Sacramento y de María Santísima, y os ruego por todos los pecadores.

En fin, amado Salvador mío, uno mis afectos y deseos a los de vuestro amorosísimo Corazón, y, así unidos, los ofrezco a vuestro Eterno Padre, y, por el

amor que os tiene, le pido en vuestro nombre que los oiga y reciba benignamente. Amén.

Comunión espiritual.

¡Oh, Jesús mío! Creo que estáis en el Santísimo Sacramento; os *amo* sobre todas las cosas y *deseo* recibirlos en mi alma.

Ya que ahora no puedo hacerlo sacramentalmente, venid a lo menos espiritualmente a mi corazón. Como si ya os hubiese recibido, os abrazo y me uno todo a Vos: no permitáis jamás que vuelva a abandonaros.

Padrenuestro... Avemaría.. Gloria... por la conversión de los pecadores.

2) A MARÍA SANTÍSIMA.

¡Inmaculada Virgen y Madre mía, María Santísima! A Vos, que sois la Madre de mi Señor, la Reina del mundo, la Abogada, la Esperanza y el Refugio de los pecadores, recurro en este día, yo que soy el más miserable de todos.

Os amo, ¡oh, gran Reina!, y os agradezco todas las gracias que hasta ahora me habéis hecho, especialmente la de haberme librado del infierno, que tantas veces he merecido. Os amo, Señora amabilísima, y por el amor que os tengo os prometo

serviros siempre, y hacer cuanto pueda para que de los demás seáis también amada. En Vos pongo todas mis esperanzas, toda mi salvación; aceptadme por vuestro siervo, y acogedme bajo vuestro manto, ¡oh, Madre de misericordia! Y ya que sois tan poderosa para con Dios, libradme de todas las tentaciones, o alcanzadme, hasta la muerte, fuerza para vencerlas.

Os pido el verdadero amor a Jesucristo, y de Vos espero la gracia de una buena muerte. ¡Oh, Madre mía! Por el amor que tenéis a Dios, os ruego que siempre me ayudéis, pero mucho más en el último instante de mi vida. No me desamparéis mientras no me veáis salvo en el Cielo, bendiciéndoos y cantando vuestras misericordias por toda la eternidad Amén. Así lo espero; así sea.

3) AL PATRIARCA SAN JOSÉ. (19)

Acordaos, purísimo Esposo de la Santísima Virgen María, dulce protector mío San José, que jamás se oyó decir que ninguno de los que han acudido a vuestra protección y reclamado vuestro auxilio, haya quedado sin consuelo. Con esta confianza vengo a vuestra presencia y me encomiendo

(19) Añadirnos aquí la conocida oración al Santo Patriarca.- EL TRADUCTOR.

fervorosamente a Vos. No despreciéis mi súplica, Padre nutricio del Redentor, antes bien acogedla benignamente. Así sea.

VI. **POR LA NOCHE.**

Antes de acostarte, puesto en presencia de Dios, dale primeramente gracias por todos beneficios que te ha dispensado; luego, examina brevemente las faltas que hayas cometido durante el día, pidiendo a Dios perdón de todas ellas; y termina haciendo los actos cristianos que siguen:

Acto de fe.

Dios mío, verdad infalible que no podéis engañaros ni engañarnos: yo creo todo lo que la Santa Iglesia me manda creer, porque Vos se lo habéis revelado. Creo que por una eternidad remuneráis a los justos en el Cielo y castigáis a los pecadores en el infierno; creo que Vos sois uno en esencia y trino en Personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo; creo la Encarnación, Pasión y Muerte de Jesucristo; creo, en fin, todo lo que cree la Santa Iglesia. Os doy gracias por haberme hecho cristiano y protesto que quiero vivir y morir en la fe católica.

Acto de Esperanza.

Dios mío, confiado en vuestras promesas, porque sois todopoderoso, fiel y misericordioso, espero por los méritos de Jesucristo el perdón de mis pecados, la perseverancia final y la eterna gloria del Cielo.

Acto de amor.

Dios mío, os amo con todo mi corazón sobre todas las cosas, porque sois bondad infinita y merecéis ser infinitamente amado; y por el amor que os tengo amo también al prójimo como a mí mismo.

Acto de contrición.

Dios mío, duélome con todo el corazón de todos mis pecados; me pesa de haberlos cometido, porque con ellos os he ofendido a Vos, que sois bondad infinita. Propongo, ayudado de vuestra gracia, la cual os ruego me concedáis ahora y siempre, antes morir que volver a ofenderos. Propongo además recibir los Santos Sacramentos en vida y en la hora de la muerte.

Luego reza el Santo Rosario y las Letanías de la Santísima Virgen.

VII
**ORACIONES A LA
SANTÍSIMA VIRGEN PARA CADA
DIA DE LA SEMANA. (20)**

DOMINGO.

**Oración para obtener el perdón
de los pecados.**

Aquí tenéis ¡oh, Madre de Dios!, a vuestros pies a un miserable pecador, esclavo del infierno, que a Vos acude y en Vos confía. No merezco que me miréis; pero sé que, viendo a vuestro Hijo muerto para salvar a los pecadores, tenéis vivísimo deseo de ayudarlos. ¡Oh, Madre de misericordia! No apartéis la vista de mis miserias y tened compasión de mí.

(20) Estas bellísimas oraciones pueden servir para la visita diaria a Nuestra Señora. En ellas el Santo no ha dejado olvidada ninguna de las necesidades que aquejan al alma; es, como si dijéramos, la previsión espiritual llevada hasta el último límite; es la oración del cristiano que de todo cuida y en todo piensa.

Esta que llamaremos *Semana del Devoto de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro* la ofrecemos de modo especial a las señoras de la *Súplica perpetua*; porque encargadas por especial ministerio de orar por las necesidades propias y también por las de las almas más necesitadas, en estas oraciones encontrarán fórmulas a propósito y bien adecuadas para pedir a la Virgen Santísima las gracias más indispensables para nuestra salvación.- EL TRADUCTOR.

Oigo que todos os llaman refugio de los pecadores, esperanza de los desesperados, auxilio de los desamparados. Vos sois, pues, mi refugio, mi esperanza y mi auxilio. Vos habéis de salvarme con vuestra intercesión. Socorredme por amor a Jesucristo, tended la mano a un miserable caído que a Vos se encomienda. Sé que Vos os complacéis en auxiliar a un pecador cuando está en vuestra mano; auxiliadme, pues, ahora que podéis.

Con mis pecados he perdido la divina gracia y mi alma. Ahora me pongo en vuestras manos; decidme lo que debo hacer para volver a la gracia de mi Señor, que yo quiero hacerlo luego. El me envía a Vos para que me socorráis: El quiere que yo acuda a vuestra misericordia, para que, no sólo los méritos de vuestro Hijo, sino también vuestras súplicas, me ayuden a salvarme. A Vos, pues, acudo. Vos, que por tantos otros rogáis, rogad también a Jesús por mí. Decidle que me perdone, que ya me perdonará; decidle que deseáis mi salvación, que El me salvará. Dadme a conocer el bien que sabéis dispensar al que confía en Vos. Amén. Así lo espero, así sea.

Se rezarán tres Avemarías para desagraviar a la Santísima Virgen, en algún modo, de las blasfemias que contra Ella se profieren.

LUNES.

**Oración para obtener la santa
perseverancia.**

¡Oh, Reina del Cielo! Yo, que en otro tiempo fui desdichado esclavo del demonio, ahora me consagro a Vos por vuestro siervo perpetuo y me ofrezco a honraros y servirlos por toda mi vida. Recibidme, pues, y no me rechazéis, como lo tengo merecido.

¡Oh, Madre mía! En Vos he puesto todas mis esperanzas; de Vos espero toda mi dicha. Bendigo y doy gracias a Dios, que por su misericordia me ha concedido esta confianza en Vos, que yo miro como una prenda segura de mi eterna salvación. ¡Ah!, ¡infeliz mí!, en la vida pasada caído en pecado por no haber acudido a Vos; pero confío que, por los méritos de Jesucristo y por vuestros ruegos, he sido ya perdonado. Sin embargo, como mis enemigos no duermen, el peligro de volver a perder la divina gracia no ha cesado. ¡Cuántas nuevas tentaciones tendré que vencer aún! ¡Ah, Señora mía dulcísima!, protegedme, y no permitáis que vuelva otra vez a ser esclavo del pecado; ayudadme siempre.

Bien sé que si me encomiendo a Vos me ayudaréis y saldré victorioso; mas este es mi temor, que en las ocasiones de pecar deje de llamaros en mi ayuda y caiga por esto miserablemente. Concededme pues, esta gracia que os pido; alcanzadme que en

los asaltos del Infierno siempre recurra a Vos diciendo: María, ayudadme; tierna Madre mía, no permitáis que pierda a mi Dios.

Tres Avemarías.

MARTES.

Oración para alcanzar una buena muerte.

¡Oh, María Santísima! ¿Qué será de mí en la hora de mi muerte? Cuando considero mis pecados y pienso en aquel formidable momento que ha de decidir mi salvación o mi condenación eterna, tiemblo y me confundo.

¡Oh, Madre mía dulcísima! En la Sangre de Jesucristo y en vuestra intercesión tengo cifradas todas mis esperanzas. ¡Oh, Consoladora de los afligidos! No me abandonéis en aquella hora; no dejéis de consolarme en aquella grande aflicción. Si ahora tanto me atormenta el remordimiento de los pecados cometidos, la incertidumbre del perdón, el peligro de recaer, el rigor de la divina justicia, ¿qué será de mí en aquel terrible trance? Si Vos no me ayudáis, mi perdición es cierta.

¡Ah, Señora mía!, antes que llegue mi muerte, alcanzadme un sumo dolor de mis pecados, la enmienda verdadera de mi vida y una constante fidelidad a Dios hasta el fin de mis días. Y cuando llegue el término de mi mortal carrera, ¡oh, María, es-

peranza mía!, ayudadme en las angustias que me han de cercar y confortadme para que no desespere a la vista de mis culpas, que el demonio pondrá delante de mis ojos. Alcanzadme la gracia de invocaros entonces con más frecuencia, a fin de que expire pronunciando vuestro dulcísimo Nombre y el de vuestro Santísimo Hijo. Aún más -perdonad, Señora, mi atrevimiento-: antes que expire, venid Vos misma a consolarme con vuestra presencia. Esta gracia que habéis hecho a tantos devotos vuestros, yo también la deseo y la espero.

Es verdad que soy un gran pecador y no la merezco; pero soy vuestro devoto, os amo y tengo en Vos una gran confianza. ¡Oh, María!, os espero, no me dejéis desconsolado. A lo menos, ya que no merezca tan grande gracia, asistidme desde el Cielo, para que salga de esta vida amando a Dios y a Vos, para llegar a amaros en la Gloria por toda la eternidad. Amén.

Tres Avemarías.

MIÉRCOLES

Oración para alcanzar el librarse del infierno.

¡Oh, amabilísima Señora mía!, yo os doy gracias porque me habéis librado del infierno tantas veces como lo he merecido con mis pecados. ¡Desventurado de mí! Hubo un tiempo en que ya estaba

condenado a ser sepultado en aquella horrible cárcel, y acaso se habría ejecutado la sentencia después de mi primer pecado si Vos, misericordiosa, no me hubierais defendido. Vos, aun sin que yo os rogara, sólo porque sois tan buena, detuvisteis el brazo de la divina justicia, y luego, triunfando de mi dureza, movisteis mi corazón a poner su confianza en Vos. Y ¡cuántos otros delitos hubiera cometido después, en los peligros en que me he visto, si Vos, Madre amorosa, no me hubieseis preservado con las gracias que me habéis alcanzado!

¡Ah, Reina mía!, continuad velando sobre mí para que no caiga en el infierno. Si me condeno, ¿de qué me servirán vuestra misericordia y los favores que me habéis dispensado? Si en otro tiempo dejé de amaros, ahora os amo, después de Dios, sobre todas las cosas. ¡Ah! No permitáis que vuelva otra vez las espaldas a Vos y a Dios, que, por vuestro medio, me ha favorecido con tantas misericordias. Señora mía amabilísima, no permitáis, no, que llegue a aborreceros y maldeciros para siempre en el infierno. ¿Consentiríais en ver condenado a un siervo vuestro que os ama? ¡Oh, María!, ¿qué me decís? ¿Me condenaré? Me condenaré si os abandono. Pero ¿quién tendría el valor de abandonaros? ¿Quién podría olvidarse del amor que me habéis profesado? ¡Oh, Madre mía!. Ya que habéis hecho tanto para salvarme, acabad vuestra obra, continuad vuestra asistencia. ¿Queréis asistirme? Pero

¿qué digo? Si cuando vivía tan olvidado de Vos me habéis favorecido tanto, ¡cuánto más no debo esperar de Vos ahora que os amo y a Vos me encomiendo! No se pierde, no, quien a Vos se encomienda: sólo parece quien deja de invocaros.

¡Ah, Madre mía! No me abandonéis a mí mismo, porque me perderé; haced que siempre recurra a Vos. Salvadme, esperanza mía, salvadme del infierno; pero antes libradme del pecado, que es el único mal que puede condenarme a él.

Tres Avemarías.

JUEVES.

Oración para pedir el Cielo.

¡Oh, Reina del Cielo, que estás sentada sobre los coros de los Angeles, en el trono más inmediato al trono de Dios! Yo, desdichado pecador, os saludo desde este valle de miserias y os ruego que volváis hacia mí esos vuestros ojos misericordiosos, que colman de gracias a cuantos os miran. Ved, ¡oh, María!, en cuántos peligros me veo y me veré, mientras viva en este mundo, de perder el alma, el Cielo y a Dios. En Vos, Señora, he puesto todas mis esperanzas. Os amo y suspiro por la dicha de ir pronto a veros y alabaros en la Gloria.

¡Oh, María! ¿Cuándo llegará el día en que, salvo y seguro, me vea a vuestros pies santísimos, con-